

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



COSAS DE CUARESMA

Ya se sabe que en Cuaresma la Iglesia tiene mandado que ayunen todos aquellos que sean fieles cristianos. Y aunque guardar el ayuno manda la Iglesia, es el caso que ni ayunan los ministros ni los altos empleados, ni ayunan los generales que en Ultramar fracasaron, y, en fin, ni ayuna ninguna sanguijuela del Estado. Porque hay que tener presente que el que vive del Erario suele comer en un día más que un cesante en dos años. En cambio, esos esqueletos, que se llaman repatriados; esos maestros de escuela, que no cobran ni un ochavo, y esos pobres jornaleros que se encuentran sin trabajo... esos á la fuerza ayunan, no en Cuaresma, ¡todo el año!

VICENTE RUBIO.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... Un mes..... 1 pesetas.
» trimestre..... 2,50 »
» año..... 10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... Un trimestre..... 3 pesetas
» semestre..... 6 »
» año..... 12 »
EXTRANJERO... » año..... 15 »

LAS RESPONSABILIDADES

Trátase, principalmente en el Senado, de depurar las responsabilidades de la guerra. Se las busca en los generales, como de ordinario acontece. Por la desastrosa batalla de Lissa se procesó en Italia al almirante Persano, y por la capitulación de Metz se procesó y prendió en Francia al general Bazaine, que, habiendo podido evadirse, vino á refugiarse en España.

El orgullo nacional hace que en todas las guerras los vencidos busquen generales á quienes achacar la derrota, como para demostrar al mundo que sin la cobardía, la ignorancia ó la traición de aquellos hombres, habrían obtenido la victoria. No advierten que en toda lucha uno ú otro ha de vencer, y uno ú otro ha de salir vencido, so pena de que los dos se maten y acaben, cosa difícil tratándose de guerras entre pueblos.

No advierten, por otra parte, que, como dice un escritor militar, cuyo nombre no recordamos, las batallas ordinariamente se deciden por un momento de pánico en uno de los dos ejércitos. Contra ese pánico no valen ni la ciencia ni la energía de los mejores generales.

No intentamos con esto eximir de culpas á los que por España pelearon en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, ni tampoco á los marinos que combatieron con los norteamericanos en las aguas de Cavite y de Santiago; intentamos, sí, decir que, para encontrar las verdaderas responsabilidades, es preciso apuntar más alto.

Los verdaderos responsables son los Gobiernos que durante las pasadas guerras dirigieron los destinos de España; los que no pusieron coto á la insolencia y las bárbaras depredaciones de nuestros empleados en las colonias; los que, ya en armas los colonos, ni les dieron la autonomía, á que tenían derecho, ni buscaron oportuno medio de conciliación y de concordia; los que hicieron que por segunda vez se alzasen los filipinos viendo fallida la esperanza de que se les diese asiento en las Cortes y se les suprimiera las comunidades religiosas; los que, siendo ya dudosa en Cuba nuestra suerte, rechazaron por dos veces la mediación de Cleveland; los que, amenazados por Mac-Kinley con motivo del incendio del Maine y la indefinida prolongación del movimiento de Cuba, carecieron de valor para negociar con los cubanos sobre la base de la independencia; los que, sabiendo por el almirante Cervera el mal estado de nuestra armada, la lanzaron á la ruina; los que provocaron la guerra con los Estados Unidos, dando precipitadamente á Woodford las dimisorias; los que nos afrentaron á los ojos del mundo despreciándose de la soberanía sobre las islas de América sin determinar á quién la cedían, y vendiendo por 20 millones de duros el Archipiélago filipino; los que, por fin, antepusieron el interés del rey al interés del reino.

Esos, esos son los verdaderos responsables de nuestras desventuras, y ¡ay! son ellos los llamados á regir nuevamente la nación á que pertenecemos. ¡Triste suerte la de nuestra patria!

F. PI Y MARGALL.

LA BANDERA ROJA

Es la que anhela mi alma dolorida
ver ondular sobre la torre esbelta;

por los vibrantes céfiros mecida,
y en los torrentes de la luz envuelta.

La que quiere mudar la muchedumbre,
del día entre las olas de topacio,
como dedo sangriento que la cumbre
refulgente señala del espacio.

El ideal del pueblo que combate
en medio de una noche sin aurora,
con la fe del que busca su rescate,
con la ansiedad del que consuelo implora.

Esa bandera para mí ha tenido
siempre un encanto dulce y poderoso.
Cuando he soñado en ella me he sentido
dotado de las fuerzas de un coloso.

¡Estandarte de luz que allá en el alma
flota gentil de la ilusión al viento!
¡Tú sólo puedes devolver la calma
á esta nación vencida y sin aliento!

¡Tú sólo puedes despertar en ella
las grandes y viriles energías
que destruyeron con su torpe huella
las inquisitoriales monarquías!

Bajo tu pabellón inmaculado,
Justicia y Libertad tienen su cuna.
Por eso el corazón te ha consagrado
pasión más entusiasta que ninguna.

¡Bandera roja! ¡Salve! En lontananza,
serena y bella palpitarte veo
al ósculo de amor de la esperanza,
con la infinita fiebre del deseo.

¡Emblema puro de progreso y gloria!
¡Tu triunfo mi entusiasmo vaticina!
¡Ha de alumbrarte pronto la victoria
con su astro eterno que jamás declina!

¡Lábaro insigne de la fe inmutable
que á cabo lleva la grandiosa empresa!
¡Tú ondearás al himno formidable
con que te aclamará la Marsellesa!

Serás rey del espléndido Océano
del aire luminoso y transparente,
y tu pendón augusto y soberano,
del regio alcázar morderá la frente.

Dominarás su mole majestuosa,
antes del vicio y de la infamia imperio,
do reinará la paz triste y medrosa
que reina en olvidado cementerio.

Te asentarás altiva en las gigantes
cúpulas de los templos, como enseña
de la verdad y de la luz, triunfantes
de un dogma que al abismo se despeña;

y la ola popular, febril y ufana,
presa de sus ardientes emociones,
la bandera inmortal republicana
saludará con féridas canciones.

Antes la sangre correrá encendida,
pues con la sangre el triunfo se corona;
y cada cual despreciará su vida,
como un objeto ruin que se abandona.

Antes en las profundas barricadas,
surcos á expensas del rencor abiertos,
yarán en recias filas apretadas
y en informe montón los héroes muertos;

y antes también los pechos desleales
de los bandidos que á la patria oprimen,
el frío sentirán de los puñales
que entonces honra y glorifica el crimen.

Mas al brillar el iris de bonanza,
y extinta ya la tempestad oscura,
como perpetuo nuncio de esperanza,
el paño rojo flotará en la altura.

**

¡Amigos míos! Cuando caiga inerte,
vencido en sus batallas con la suerte,
mi cuerpo en el abismo funerario,
¡dadme al llevarme al templo de la muerte,
una bandera roja por sudario!

PEDRO BARRANTES.

UNA PESADILLA

Si no lo dijo Hipócrates, debió decirlo: «No conviene cenar perdices». He aquí un consejo higiénico que estoy seguro ha de seguir al pie de la letra la inmensa mayoría de los españoles.

Por no haber observado tan sabia máxima pasó don Ciriaco la otra noche un rato muy malo. Había cenado una perdiz y los tres cuartos de otra, dejando á su ama el cuarto restante, que así entiende él aquello de *García del Castañar*: «para dos perdices, dos». Había regado las sabrosas cuanto indigestas aves con sendos tragos de lo añejo. Después de lo cual, y hechas sus ordinarias devociones, se entregó tranquilamente al reposo.

Y cátese que lo primero con que don Ciriaco tropezó al dormirse fué... ¡No sean ustedes maliciosos! Don Ciriaco al dormirse no tropezó, ó más bien, no imaginó tropezar con otra cosa sino con el propio y auténtico Andresillo, su antiguo vecino y feligrés, un liberalote sacrificado por orden suya durante la última guerra civil. ¡Bendito Dios! En lo que menos pensaba don Ciriaco era en el tal sujeto. Veinticinco años hacía que le despachó al otro barrio, y en todo ese tiempo ni una sola vez se había acordado del pobre chico. De donde cabe inferir que no fué la conciencia plétórica de remordimiento, sino el estómago cargado de perdiz, lo que tan á deshora trajo á su mente aquel recuerdo.

Bien seguro estaba don Ciriaco de que Andresillo ardía en los infiernos. ¡Como que había muerto sin confesión ni recomendación del alma, en pleno pecado de liberalismo, más horrendo mil veces, según es sabido, que los de robo, incendio, estupro, adulterio, incesto, asesinato y parricidio! La cosa pasó de esta manera. Oficiaba don Ciriaco por entonces de cura trabucaire, matando á los hombres al grito de ¡viva Dios! Vió de lejos á Andresillo caminando á través de un maizal. Llamóle y le interrogó. La actitud del muchacho le hizo sospechar que llevaba un parte del alcalde del pueblo para el jefe de las fuerzas liberales. Registraron al chico y encontraron el papel. Tentaciones tuvo don Ciriaco de enviar aquella criatura á la eternidad en pecado mortal, para que allí purgara su delito liberalesco



—Gitanilla mía,
cuanto te camelo,
y tienes los piños blancos
y el colorcito moreno.



¡Mucho cuidado con el alcohol!

DON QUIJOTE



Uno de nuestros primeros esquimales.



Periquito entre ellas.



Para la Cuaresma.
Un calamar que vale lo menos dos.



DON PACO.—Preparaos al sacrificio de la crisis.
LUCAS GÓMEZ.—¡Muerto soy!
EL M. DE PIDAL.—(Ya te lo dirán de misas.)



¡Copol!

en los tormentos perdurables. El espíritu cristiano ó el deber profesional pudieron más en su alma que la justa indignación, y brindó al reo con los auxilios espirituales. Negóse Andresillo á recibir la absolución de la misma mano que le daba la muerte, y en vez de agradecer al sacerdote la buena intención, púsole cual no digan dueñas. Cuatro balas le hicieron enmudecer, muriendo así en la impenitencia final.

Con tales antecedentes á nadie extrañará el sobresalto que se apoderó de don Ciriaco al topar inopinadamente con el réprobo. Imaginándose dar un paso atrás, dió un respingo en la cama, y haciendo repetidas veces la señal de la cruz, balbuceó:

—En nombre de Dios te conjuro. ¿Qué quieres? ¿A qué vienes?

Que es, como nadie ignora, la fórmula sacramental en lances semejantes.

Callaba Andrés, y miraba fijamente á su matador, como gozándose en su turbación y azoramiento. Pero, buen muchacho en el fondo, á pesar de su liberalismo, apiadóse del terror del clérigo, y díjole con su desenfado habitual:

—No vengo á nada malo, don Ciriaco. He querido aprovechar la libertad de que gozo para dar una vueltecita por este pícaro mundo.

—¿Pues no estás en el infierno?

—Ya no hay infierno, don Ciriaco.

—¿Cómo que no?

—Cabal; no hay infierno, porque no hay demonio.

—¿Qué demonios estás ahí diciendo?

—Lo que usted oye.

—Según veo, sigues tan hereje después de muerto como en vida.

—No son herejías, es la pura verdad. Verá usted lo que ha sucedido. Usted debe saber que la misericordia de Dios es infinita.

—Sí, sí—murmuró don Ciriaco malhumorado.

—Pues Dios, en su infinita misericordia, ha tenido piedad del demonio y le ha otorgado su perdón.

—¡Imposible!

—Ahora sí que me parece que está usted blasfemando, *pae cura*. ¿Es que hay imposibles para Dios?

—¡Mientes como un bellaco!

—En consecuencia, el ángel malo se ha trocado en ángel bueno, y en este momento forma parte de los coros celestes, que celebran la gloria del Eterno.

—Tú estás borracho, granuja.

—Como no hay demonio no hay infierno. Todos los condenados hemos aprovechado la gracia divina, un indulto completo, total; no como otros que suelen otorgarse sobre la tierra. Dios no regatea la piedad.

—Tú estás demente, Andrés.

—Viéndonos libres, cada uno ha tomado por su lado. Unos se fueron derechos al Paraíso. Otros hemos querido dar antes un paseo por los lugares que habitamos en vida, y visitar á los parientes y amigos. ¡Y como usted tiene tantos títulos á mi amistad!

—¡Llévete el diablo!—rugió don Ciriaco hecho un basilisco.

—Pero, don Ciriaco, ¡si ya no le hay!—exclamó con sorna el tuno de Andresillo, y riendo á carcajadas se desvaneció en el aire.

Quedó don Ciriaco confuso y atónito. ¿Había mentido aquel pillastre? Pero su aparición y desaparición milagrosa daban claro indicio de su esencia sobrenatural. Además, la cosa en sí no era imposible. ¿No es Dios omnipotente? ¿No es infinitamente misericordioso? Bien podía ser que, juzgando bastante la expiación, hubiese perdonado al diablo.

¡Luego no había infierno! ¿A dónde entonces iban á parar los liberales después de muertos? ¿Tendría él, un ungido, que codearse en el cielo con los masones? ¿Alcanzarían los herejes, al igual que los verdaderos creyentes, la bienaventuranza eterna? Mucho siento revelar esta impiedad, mas es lo cierto que don Ciriaco no pudo menos de censurar duramente, allá en el fondo de su alma, lo que él llamaba una debilidad del Altísimo.

Luego se apoderó de su ánimo un terror pánico, y un estremecimiento convulsivo recorrió su robusto cuerpo de los talones al cogote. Acababa de asaltarle una idea tremenda. Si no había infierno, tampoco había purgatorio. Pedro Botero no podía ser de peor condición que Satanás. Los condenados por tiempo no habían de sufrir la pena mientras eran absueltos los condenados para siempre. Semejante anomalía hubiera sido impropia de la justicia divina. Pues sin purgatorio, ¡adiós, cepillo de las ánimas! ¡Adiós, misas por los fallecidos! ¡Adiós, sufragios por los difuntos! ¡Adiós, redención de los pecados, y por ende, adiós, cura de almas! Don Ciriaco se contempló por anticipado cavando la tierra, y cenando, en vez de perdices, unas tristes migas.

Tales resoplidos daba en su congoja que el ama hubo de acudir y llamarle solícita:

—¿Qué tiene usted, don Ciriaco? ¿Qué le pasa? ¿Por qué sopla de esa manera?

—Calla, mujer—exclamó don Ciriaco, despertando sobresaltado—. ¡Si he soñado la cosa más rara! ¡Qué atrocidad! ¿Pues no estaba pidiendo á Dios la restauración del infierno?

ALFREDO CALDERÓN.

GRAN MARTILLO

Pues sabrá como «mus venden»,
que decía aquel anuncio,
las Palaos, las Carolinas,
las Marianas y otros puntos;
es un decir, otras puntas.
Por fin, cuanto menos bultos...
Lo malo es el que nos dejen
el Fernando Póo, el Corusco
ó el Corisco, ó lo que sea,
que no dan más que disgustos.
Esto será si las Cortes
hacen el proyecto *sullo*,
y escribo *sullo* con elle
para que lo entienda el vulgo;
es decir, la mayoría,
en la que hay varios besugos.
Dicen, aunque no lo creo,
que se trató con el ruso
de la cesión de la empresa
del teatro Real, con músicos.
Pocos y bien avenidos
valen siempre más que muchos,
y con que España se quede,
pongo por caso, con Lugo,
Colmenar y Miraflores,
podremos vivir á gusto.
Y si á esto añade el Gobierno
un recargo en los tributos
y el latín obligatorio,
aquí paz y después... churros.
En cuanto Europa nos vea
compatos y todos *hunos*,
aun cuando seamos pocos,
se van á morir de susto.
¡Qué ejército y qué marina
nos van á hacer! ¡Cuánto lujo!
Habrá tres grandes potencias
en Europa y en el mundo:
Mónaco, España y el gran
ducado de Luxemburgo.

GANARÁS EL PAN...

Un labrador, expiando culpas de Adán y Eva, regaba la tierra con el sudor de su frente.

Confundiéndose en la Providencia, que viste á los lirios y alimenta á los pajarillos del campo, soportaba alegremente las fatigas de su ruda profesión, arrojando al suelo la semilla, que no siempre fructificaba; mas él, tan lleno de fe como de constancia, proseguía en su faena, contentándose con ir sacando lo preciso para atender á sus necesidades.

Ninguno tan propicio como nuestro labrador para satisfacer las cargas del Estado, cumplir sus deberes de ciudadano, y alargar su mano al desvalido. Era uno de los pocos hombres que nos reconcilian con la humanidad.

Cuatro ó cinco años de mala cosecha agotaron sus economías, obligándole á acudir para la siembra á uno de esos honrados vecinos de los pueblos que oyen misa diariamente, votan siempre con el Gobierno, y dan trigo á costal por fanega.

Aquel día quedó resuelta la ruina del labrador, pues los productos de su trabajo apenas le bastaban para satisfacer los gastos de la labranza, el reintegro de las semillas, y las contribuciones, cada vez más exorbitantes.

Duplicó sus esfuerzos; pero inútilmente: los plazos vencieron, no pudo pagar, y sus fincas pasaron una á una á poder del religioso prestamista.

Reducido á una sola yunta, continuó trabajando con más ahínco todavía, por no descender al fondo del abismo de la miseria; pero unos años por la sequía, otros por la lluvia y todos por los impuestos, ninguno le sacaba de aquella triste situación.

Cuando ya no le quedaba por vender nada, un hijo suyo cumplió veinte años, le tocó la suerte de soldado, y tuvo el sentimiento de despedirlo para Cuba, donde más tarde sucumbió del vómito.

Cada vez que pasaba por alguna de sus propiedades, pensaba con lágrimas en los ojos en los afanes que costó á su padre el adquirirla, y también en que sus hijos no descansarían en ella á la sombra de los árboles que tantas veces le preservaron á él de los rayos del sol.

Un día que estaba con su familia alrededor de su po-

bre mesa, haciendo una frugal comida, un hombre, el encargado de cobrar la contribución á los morosos que no son banqueros ni grandes de España, se presentó á la puerta de la casa con un alguacil, y procedió al embargo de la escuálida yunta y de los muebles que le restaban.

—¿Qué voy á hacer ahora?—exclamaba sollozando aquel hombre atlético, á tiempo que las campanas de la iglesia, echadas á vuelo, convocaban á los vecinos á una función religiosa en honor del santo patrono del pueblo.

—¿Qué va usted hacer? Resignarse. La resignación es la primera virtud de los esclavos, y desde hoy comienza usted á serlo.

JOSÉ NAKENS.

ARREPENTIDA

Mandó parar el primer coche que se encontró al paso. Tenía miedo de que la conocieran su falta, de que le saliera á la cara su vergüenza.

No podía explicar lo que sentía: un malestar muy grande, repugnancia de sí misma, asco de su propia carne...

Si; debía llevar impresa en su cuerpo, en todo su cuerpo, la mancha del delito, la prueba del contacto infame con aquel hombre.

Y necesitaba de toda el agua purificadora del Jordán para limpiar su cuerpo de la suciedad del pecado, y dejar de sentir aquella repugnancia que experimentaba hacia sí misma.

¿Cómo pudo caer en brazos de aquel hombre? No se lo explicaba. Fue, sin duda, en un momento de inconsciencia, de locura, y tenía, por tanto, derecho á que se la juzgase irresponsable.

No; ella declaraba que aquel vencimiento de su carne, no había sido autorizado por su voluntad. Había perdido la razón, se había vuelto loca. Nadie que fuese verdaderamente justo, podía declararla culpable.

¿No estiman los hombres de justicia que la embriaguez es una causa atenuante del delito? Pues bien; ella había experimentado al contacto con aquel hombre una extraña perturbación, la embriaguez de sus sentidos... la locura de toda su carne...

Había pecado, á pesar suyo, sin darse cuenta de lo que hacía, fatal é inevitablemente.

Pero estas reflexiones, en vez de tranquilizarla, aumentaron su inquietud.

¡No! No había agua en todo el mundo capaz de purificarla. Estaba deshonrada; estaba perdida...

Al formular como resultando de aquel proceso que venía elaborándose en su cerebro aquella tremenda conclusión, se echó á llorar como una loca.

Lloró mucho y mucho tiempo, con dolor verdadero, como se llora cuando se padece.

Y aquellas lágrimas parecían disipar su dolor é iban tranquilizándola poco á poco.

Ya no sentía repugnancia de sí misma. Las lágrimas de su arrepentimiento habían borrado las manchas de su culpa.

Y maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas en el coche, juntó las manos como en señal de oración, y en voz alta, perdida la conciencia de la realidad:

—¡Gracias, Dios mío, por haber concedido á todo pecador un Jordán en que lavar sus culpas!

MIGUEL SAWA.

LIBROS

Un día de guardia en San Juan de Dios.—Narración interesante-antigua, escrita con gran sencillez y galanura, por don Federico Castillo Estremera.

De venta en todas las librerías.

Se ha publicado el cuaderno cuarto de la interesante publicación, *Diccionario Popular Enciclopédico*, que tan buena acogida ha tenido entre el público en general, por sus bien redactadas definiciones, como por su gran baratura.

Los pedidos, acompañados de su importe, deben dirigirse á la Administración, calle de la Palma, 55, bajo. Madrid.

Biblioteca de DON QUIJOTE

EN PRENSA

SILVELA

FOR

MIGUEL SAWA

Precio: 20 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12